

Contra la confusión

ANTONIO GARCÍA-TREVIJANO

Generación del 77

El Gobierno de Felipe Gonzalez se irá. El tercio de españoles que le apoya quedará. La corrupción de los hombres con poder no tiene nada de impresionante o sorprendente. Lo que de verdad ascoja y desconcierta es la corrupción de la sociedad. El Gobierno socialista pasará. Los dos tercios de intelectuales y periodistas que lo sostienen quedarán. Lo que asusta a los hombres templados no es el crimen de la razón de Estado o el latrocinio de la razón de Gobierno, sin democracia eso es lo normal, sino el asesinato y el robo de la verdad a mano armada por la sociedad. Se dice que la verdad está secuestrada. No es verdad. Ojalá lo fuera. No hay nada verídico que secuestrar, porque nadie se estremece con la verdad. ¡A quien le importa! Tanto miente el que no para de mentir como el que habitualmente escucha la mentira, sin inmutarse, como si oyera la verdad. La transición se inició con una gran mentira y la gran mentira, la de que esto es una democracia, continuará. El Gobierno de la impotencia activa caerá y la impotencia pasiva de la oposición le sustituirá. En un país mediterráneo, que se ha burocratizado hasta en la cama de los campesinos, se puede vivir mucho tiempo sin gobierno. Pero un gobierno no puede vivir sin país. Y el de España no lo tiene.

★

España no levanta cabeza verídica desde no se sabe cuando. Muy pronto «destejaremos» la gran mentira del 98. La de Cuba y la de la crisis del imperio español. Pero, al menos, en aquel desastre nacional, un puñado de intelectuales tuvieron el atrevimiento de decir la verdad. ¿Cuál? Muy simple: que no había en realidad crisis del imperio puesto que no había imperio que criticar. Sólo se trataba de una decepción de la fantasía nacional, o sea, de una crisis de la conciencia española. Mirado con distanciamiento, el sobresalto que catapultó a la generación del 98, la energía que hizo de unos buenos escritores unos grandes hombres, fue la necesidad vital de proclamar la verdad contra la mentira oficial. Pero, como era de esperar en un movimiento regeneracionista, el afán de verdad no traspasó los límites de aquel pequeño núcleo de intelectuales honestos. La clase política suplantó la verdad con la ficción de la alternancia en el poder. Cien años después nos encontramos en una situación parecida. Pero esta vez ni siquiera existe ese pequeño núcleo de inteligencias insobornables que sea capaz de decir la verdad. ¿Cuál? Muy simple: que no hay en realidad crisis del Gobierno ni de la oposición puesto que no hay gobierno ni oposición que criticar. Que sólo se trata de una decepción de la fantasía de la transición, o sea, de una crisis moral e intelectual de la conciencia española.

★

En la generación del 98 hubo de todo, incluso gigantes del pensamiento y de la investigación científica. Pero hoy sólo recordamos a los poetas, novelistas y filósofos. Y entre estos, a esos dos grandes personalidades de la cultura que fueron, sin duda, el españolista Unamuno y el europeísta Ortega. Como si los Torres Quevedo, los Ramón y Cajal o los Santayana no fueran de aquella generación. Pero la generación de intelectuales del 77, aparte de vivir mejor que la del 98, gracias al patrocinio del Ministerio de Cultura, y de los medios oficiales y oficiosos de comunicación de la gran mentira, y aparte de la buena o mala calidad de su arte, ¿que ha producido de verídico o de universal? Los pocos escritores de talento que todavía nos regalan con su prosa son anteriores al 77. Hoy nadie sabe, ni se preocupa de saber siquiera, de qué sirve ya el pensamiento y la investigación de la verdad moral, ni donde está, en la política, la libertad de acción. Y sin conocimiento de la verdad moral y sin libertad de acción de los ciudadanos, una sociedad solo puede aspirar a ser lo peor de lo que pueda ser. En esto no hay límites. O sea, seguiremos gobernados por unas instituciones que han dado paso y mantienen en el poder a Felipe Gonzalez.

TRIBUNA LIBRE

De la perfidia de las armas: las minas terrestres

[ALBERTO PIRIS]

LAS armas matan y destruyen. Para eso están fabricadas, para utilizarlas en la guerra, en tanto que ésta siga siendo una actividad socialmente provechosa para algunos grupos humanos: los que tienen el poder o los que aspiran a poseerlo por la fuerza. Y vienen matando personas y destruyendo bienes desde los más remotos albores de la humanidad. De cuando en cuando, como sucede ahora con motivo de la conferencia sobre las armas dañinas, sale a la luz pública el horror implícito en ciertos tipos de armas. Y todos nos estremecemos: cien millones de minas terrestres, abandonadas en más de medio centenar de países, esperan a que una víctima inocente las pise. Los niños inválidos, las mujeres mutiladas, los campesinos que se juegan la vida volviendo a cultivar campos que fueron frentes de batalla, son las víctimas que ahora movilizan a la opinión pública contra el uso de las minas terrestres contra personal. Ese es el panorama que ahora se nos presenta. Pero hay que intentar ir un poco más allá del discurso habitual sobre esta materia, para analizar qué es lo deseable y qué es lo posible para resolver esta difícil cuestión.

Cuando la ballesta hizo su aparición en los campos de batalla europeos, a finales del siglo XIII, apenas nadie se quejó de que matara con más fuerte impacto y mayor precisión que el arco, aumentando la carnicería bélica. Contra lo que se alzó la voz de los poderosos fue contra el hecho de que, con esta arma, el villano, el soldado de a pie que no podía costearse el equipo de un combatiente de caballería pesada,

podía matar desde lejos y sin arriesgar demasiado, al caballero que contra él cargaba. Hasta la Iglesia la condenó porque violaba algunas de las leyes implícitas del honor en la guerra, donde los señores mostraban su valor y arrojaban peligros sin cuento, a fin de poder luego justificar los sustanciales beneficios que el sistema feudal les reportaba. Nadie, al parecer, se hubiera quejado de que con ballestas se aniquilara con facilidad a los soldados plebeyos del enemigo. Era sólo porque se mataba a los nobles caba-

otra arma que entonces alcanzó la cúspide de la fama. Pero no parecía necesario destacar a las minas como elementos especialmente dañinos, dada la descomunal magnitud aniquiladora que la guerra mostró por primera vez en la historia. Por otra parte, nadie se ha mostrado tampoco indignado porque las minas contrarcaran hagan volar un vehículo acorazado con todo lo que lleva dentro: gajes del oficio, se piensa. Es tener por natural que el soldado, por el mero hecho de serlo y combatir, está expuesto a todos los riesgos de la guerra, y el que las minas representan no es siquiera el más grave. Más aún: durante largo tiempo han sido tenidas como armas relativamente ventajosas: son baratas, al alcance de cualquier país y, sobre todo, son *armas defensivas*. Con minas terrestres no se puede agredir, el ejército que las posee no representa peligro para los vecinos ni tiene capacidad de desestabilización de la zona geopolítica. Carros de combate, aviones, portaaviones o submarinos son, por el contrario, elementos agresivos. Las minas sólo presentan un problema técnico a los ejércitos que quieran atacar y hayan de afrontar los campos de minas defensivos que el agredido establezca para protegerse. Hasta aquí, nada extraño dentro de lo que ha venido siendo el discurso del armamento de guerra.

Las minas sólo han mostrado su horror cuando matan inocentes que nada han tenido que ver con la guerra. Este es el planteamiento actual de la cuestión: no es un soldado despedazado por una mina sino un campesino sin piernas o un niño mutilado la imagen que hoy nos conmueve. Y con razón. Las guerras siempre han matado *a posteriori*. Todavía

Las minas
vienen matando
soldados a
millares desde
que hicieron su
aparición

llos sin dar lugar al glorioso combate a caballo cuerpo a cuerpo, por lo que la ballesta inicialmente pasó a ser considerada arma reprochable.

Pues bien, ahora nadie se ha quejado de que las minas vengán matando soldados a millares desde que hicieron su aparición en el campo de batalla en la primera G. M. A las horribles carnicerías de las irracionales ofensivas que en esta contienda se desencadenaron, contribuyeron las minas tanto como las ametralladoras,

LA TRONERA

Cultura de traspaso

ANTONIO GALA

VENIAMOS de una dictadura que lo censuró todo. La censura, imitando a la Iglesia, fue en ella *mater et magistra*. Yo la sufrí como pocos. De ahí que corriésemos alegremente hacia el PSOE. Pero ¿qué es lo que le debemos? Un teatro *in articulo mortis*, un cine enanecido, un libro manejado para protección de sus secuestrados, una prensa ultrajada, una televisión espeluznante... O sea, una cultura empobrecida y yerta. Y ahora, ¿hacia dónde vamos? Escarmentados ya y sin ilusiones, no sabemos. Lo mejor será no profetizar nada, ni presentir, ni prejuizar. Probablemente van a tocar a *sálvese quien pueda*. En Madrid ya empezaron. Pobre «sangre de Hispania fecunda».

CARTAS

Las cartas enviadas no excederán de veinte líneas mecanografiadas. EL MUNDO se reserva el derecho a resumir o refundir los textos. No se devolverán originales ni se mantendrá comunicación con el remitente. Las cartas deberán incluir el número del DNI y la dirección de quienes las envíen.

Aclarando algunas cosas sobre R. Antic

Sr. Director:

Con gran indignación he leído la entrevista publicada en el suplemento dominical de Rádomir Antic. El espacio no me va a permitir entrar en muchos detalles, así que resumiré algunos de los puntos que más saltan a la vista.

El primero es la afirmación de que «Karadzic no está loco. Un hombre

está loco porque defiende a su pueblo?». Desde luego no hubiera estado loco si se hubiera limitado a defender exclusivamente a su pueblo. Pero no fue el caso. Un hombre que ha sido capaz de ordenar la masacre de civiles inocentes cuando éstos salen en busca de agua y pan y luego tiene la desfachatez de decir al mundo que los cadáveres fueron maniqués, un criminal de guerra que ha ordenado la violación de miles de mujeres, no sé qué definición podrá tener sino la de loco o tal vez sería más justa la de psicópata. Además, la propaganda goebelsiana a la que estamos muy acostumbrados y que el señor Antic